

Obama y Castro, durante la visita del presidente de EE.UU. a la isla el pasado marzo



REUTERS

Los errores de Obama devuelven a Rusia el protagonismo en la escena mundial

► Su inacción en Siria y Ucrania, y la apertura a Irán y Cuba a cambio de nada han dado alas a Putin

PEDRO RODRÍGUEZ



«**N**o más cagadas» (No more stupid shit). Con esa concisión, el propio presidente Obama resumía de forma categórica su política exterior en una entrevista publicada la pasada primavera por la revista *The Atlantic*. Se puede decir que en esencia el ocupante de la Casa Blanca hasta el próximo 20 de enero quiere ser recordado por todo aquello que no ha hecho en política internacional, frente a la nociva hiperactividad (fundamentalmente, la desastrosa invasión de Irak en 2003) desarrollada por su predecesor, George W. Bush, a partir del 11-S.

En sus ocho años de presidencia, Obama ha venido a confirmar una vez más la dinámica pendular que puede acumular la política (exterior o doméstica) de una superpotencia como EE.UU. Ya que de un desbordante superávit de intervencionismo se ha pasado a una diplomacia que prefiere es-

forzarse solo en partes del mundo propicias al lucimiento y limitar la exposición de EE.UU. en zonas donde el éxito resulta elusivo.

De las grandes filosofías que inspiran las relaciones internacionales, la doctrina Obama representa una apuesta por el realismo. Es decir, una pesimista estrategia que de forma consistente intenta maximizar el interés propio, lo que en la práctica se traduce en reticencia tanto hacia el uso de la fuerza militar como a buscar panaceas idealistas. Por supuesto, este liderazgo exterior *low cost* resulta bastante popular –o por lo menos cómodo– para la opinión pública americana. Aunque, estas mínimas expectativas también han supuesto un alto coste para la reputación de EE.UU. como «nación indispensable» en un mundo con más caos y menos orden.

Nueva prioridad

Pivotar hacia la región Asia-Pacífico

A causa de la ausencia de Estados Unidos

Según los analistas, el conflicto sectario entre suníes y chiíes no ha hecho más que multiplicarse, así como las amenazas de Daesh en medio mundo

En otoño de 2011, la entonces responsable diplomática Hillary Clinton con ayuda de un ensayo en la revista *Foreign Policy* identificó Asia como la nueva gran prioridad americana. Según el argumento asumido por la Administración Obama, ha llegado la hora de «pivotar» una diplomacia históricamente centrada en Europa y Oriente Medio y concentrarse en la región Asia-Pacífico. Una zona del mundo que, según la Casa Blanca, lleva cada vez más la voz cantante en la economía globalizada y que concita el interés estratégico de EE.UU., sin olvidar el reto planteado por un gigante como China cuyo rearme y reclamaciones territoriales conllevan una serie de inquietantes tensiones entre sus vecinos.

Adiós, Irak

El coste de una prematura retirada

Si la invasión de Irak se considera ahora como una «guerra opcional» por parte de la Administración Bush, la retirada consumada por el presidente Obama también es percibida como una prematura decisión que solamente ha servido para agravar los problemas iniciados en 2003. Con la ausencia de

EE.UU., el conflicto sectario entre chiíes y suníes no ha hecho más que multiplicarse, al igual que la fuerza del llamado Estado Islámico (Daesh).

Según Fred Kaplan, Obama es un realista con una idea tan estrecha del interés nacional no registrada en Washington desde los tiempos de Eisenhower. Y a pesar del considerable argumento de que EE.UU. tenía el deber moral de ayudar a limpiar el desastre que había generado en el primer lugar, Obama ha insistido en que la guerra de Irak no justificaba ningún sacrificio adicional.

Putin, Putin

Una oportunidad para el Kremlin

La pasividad de la Administración Obama ha sido aprovechada por Vladimir Putin para convertir a Rusia en un actor internacional que no puede ser ignorado. El principal reproche para la Casa Blanca y sus aliados es la incapacidad colectiva demostrada para prevenir la desestabilización de Ucrania. Sin plantar cara a la insegura obsesión del Kremlin por recrear esferas de influencia, enclaves, y colchones estratégicos en los territorios de la antigua URSS. Ante este desafío, la política exterior de EE.UU. se ha limitado a responder con limitadas sanciones económicas y complicar un poco la vida del líder ruso y sus colegas. Y a pesar de que Obama fuera confundido al principio de su mandato como



REUTERS

un creyente del idealismo intervencionista, solo ha consentido unos mínimos refuerzos militares de la OTAN.

La tragedia de Siria

Un inútil trazado de líneas rojas

Sin ningún deseo de implicarse en la guerra civil de Siria, Obama trazó una línea roja para provocar una respuesta militar americana: el uso de armas químicas por parte del régimen de Damasco. Y a pesar que las fuerzas de Assad han acumulado un terrible historial en el uso de armas no convencionales, la Casa Blanca nunca llegó a cumplir sus advertencias. Justo cuando el presidente solicitó autorización al Congreso para intervenir, Putin sa-

lió a la palestra con un plan para salvar la cara a su cliente sirio que implicaba la destrucción de armas químicas bajo supervisión internacional. Moscú no ha dejado de utilizar Siria como una plataforma para redefinir sus ambiciones de superpotencia en el siglo XXI.

«Cubama»

Normalización a cambio de nada

La apertura de Cuba formaría parte del capítulo de contradicciones creativas que acumula la política exterior de EE.UU. bajo la Ad-

Puti y Obama



HORIZONTE

RAMÓN PÉREZ-MAURA

UNA POLÍTICA EXTERIOR EXPLICADA A LOS PERPLEJOS

Un rápido repaso de la política exterior de los casi ocho años de presidencia de Barack Obama hace evidente por qué esta presidencia ha dejado perplejos a muchos observadores de la política norteamericana, salvo los que tradicionalmente se contaban en el número de sus adversarios. Esos sí que están encantados. Veamos cuatro ejemplos –que podrían ser cuarenta.

Podemos empezar por las relaciones bilaterales con el más relevante aliado de Estados Unidos en Oriente

Medio: Israel. Bajo la presidencia Obama han llegado a su punto más bajo desde la fundación del Estado de Israel –que en 1948 no generó un especial entusiasmo en el Washington de la Administración Truman. Obama ha conseguido alienar al primer ministro Netanyahu que en un caso sin precedentes ha llegado a visitar Estados Unidos bajo invitación del Congreso ya que no la tenía de la Casa Blanca.

Arabia Saudí en el pasado solía tener roces con Washington por lo bien que allí se trataba a Israel. Ahora los

tiene por cómo se ha visto favorecido su archienemigo Irán, que ha conseguido un nuevo entendimiento con Estados Unidos que es visto como una amenaza tanto por Israel como por casi todos los países de la península Arábiga, empezando por el más relevante: Arabia Saudí.

Hay quien cree que el acuerdo con Cuba es un gran éxito. Mas algunos se preguntan para qué valió la defensa de los derechos humanos durante seis décadas si se iba a estar, en el momento de cambiar de política peor que cuando se empezó. Claro que ese cambio de actitud sería justificable si Washington creyese que esa mala situación cubana era por culpa de su política exterior hacia la isla. Cosa que Obama no se ha atrevido a confesar, pero cabe imaginar. Así que los Castro siguen mandado, los presos políticos siguen penando, y Obama nos cuenta que ha tenido una gran victoria.

ministración Obama. Por un lado, el presidente se ha ganado una reputación casi merkeliana a favor de la prudencia. Por otro, no ha tenido reparos en cuestionar algunos de los dogmas tradicionales de la diplomacia estadounidense. Hasta el punto de replantearse abiertamente porqué los enemigos de EE.UU. son enemigos y porqué algunos amigos de EE.UU. son amigos. En ese contexto, se enmarca la voluntad de Obama de acabar con el consenso bipartidista que durante medio siglo ha gobernado las relaciones con La Habana. Según ha reconocido el presidente, la normalización de relaciones (salvo el embargo comercial que depende del Congreso) forma parte de un intento de recuperar la influencia menguante de Washington en el hemisferio americano, eliminando un problema que en la práctica aislaba más a EE.UU. que a Cuba.

Irán

Más negociar y menos bombardear

El acuerdo nuclear con Irán ha sido presentado por la Administración Obama como parte de su vocación por encontrar soluciones diplomáticas a los grandes problemas internacionales y recurrir menos a la confrontación. Y frente a la indecisión demostrada en otros frentes, la Casa Blanca ha invertido un considerable capital político en hacer realidad este acuerdo, con una limitada efectividad pero que tantos recelos ha generado entre aliados tradicionales de EE.UU. como Arabia Saudí o Israel. Con este pacto, acompañado del fin de un estricto régimen de sanciones económicas, Irán ha accedido a miles de millones de dólares hasta ahora congelados. Sin que la República Islámica haya dejado de impulsar sus ambiciones hegemónicas en la región.

Y por último está el caso de Colombia, país en el que desde que Bill Clinton acordó en 1999 con Andrés Pastrana el Plan Colombia para la lucha contra las drogas y las guerrillas, EE.UU. ha invertido allí más de 7.000 millones de dólares en desmantelar la guerrilla y el narcotráfico. Y ahora, con la aparente complacencia de la Administración Obama, todo ese dinero ha sido arrojado a un horno crematorio porque con el acuerdo que firmaran el 26 de septiembre en Cartagena de Indias las FARC y el Gobierno de Juan Manuel Santos la guerrilla habrá logrado introducir en la constitución –de forma inalterable– buena parte de su ideología marxista y en la mayor parte del territorio agrícola, que va a quedar bajo su dominio, seguirán siendo el mayor cartel de la droga del mundo con un gran mercado en Estados Unidos.

Con Obama no hemos parado de mejorar.